

EL BAJALATO DE WOOD Y SU ALIANZA CON EL CLERO REACCIONARIO.

Por Luis Rolando Cabrera

Hoy, día 1º/946.

Nuestro compañero Luis Rolando Cabrera entra, con este artículo, en el problema de las relaciones de la Iglesia católica y de la reacción enemiga de Cuba, de su progreso y de su independencia. Largo camino tiene que recorrer la indagación para alcanzar el problema en toda su profundidad y anchura. Pero es interesante en sumo grado consignar que no solamente los historiadores modernos y los escritores revolucionarios han contrastado la existencia de tal problema, sino que hombres de tan accidentada y contradictoria carrera política, como el señor Director de "Alerta", Antonio Iraizoz, no han podido por menos que dejar constancia de su preocupación por la hostilidad ofensiva con que la Iglesia católica enfrentó nuestras luchas emancipadoras. Así el 7 de mayo de 1924, y en ocasión del homenaje rendido por la Gran Logia de Cuba a la luchadora anticlerical, Belén de Sárraga, pronunció estas severas y contundentes palabras:

"Sería desconocer la realidad histórica de nuestras luchas épicas por obtener nuestros derechos políticos si alguien negara el antagonismo cruel y amargo que se creó entre la Iglesia de Roma y la Revolución Cubana." ("Phyx", "Por la libertad espiritual", pág. 189. Mundo Latino. Madrid).

Las citas del mismo autor pueden prolongarse. No obstante, como antesala al trabajo de nuestro Comp. de Redacción, nos parece suficiente la que transcribimos.

UNA vez terminada la reciente contienda mundial hemos visto como los Estados Unidos, haciendo caso omiso de promesas formuladas en horas de dificultad, volvían a su vieja política imperialista y aupaban a elementos pro-fascistas, en los países dominados por ellos, ahogando todo movimiento democrático. La actuación de Mac Arthur en el Japón, la política seguida en la Alemania ocupada, la falsa libertad concedida a Filipinas, donde han colocado en el poder a un colaboracionista, son hechos que demuestran a la saciedad cuan pronto han olvidado los Estados Unidos las palabras de Roosevelt para internarse en una política internacional dictada por el grupo reaccionario de Hoover-Vandenberg-Byrnes, la cual no tiene otro fin que procurar la hegemonía mundial norteamericana y aislar a la Unión Soviética, surgida de la guerra como potencia de primer orden y como máxima defensora de la paz y seguridad mundiales.

Pero tal cosa no debe asombrarnos. Sabemos de sobra que esa ha sido la política seguida por nuestra vecina del Norte en circunstancias más o menos parecidas. Si volvemos la vista a nuestra propia historia, encontraremos más de un ejemplo de esta conducta y veremos como los norteamericanos, llegados en son de paz, como hermanos mayores que iban a enseñarnos cómo gobernarnos, traían la siniestra misión de facilitar las condiciones para propiciar la realización del viejo sueño anexionista, convirtiendo la isla en un estado, o en una dependencia de la Unión. Para considerar uno de estos casos volvamos la vista atrás y situémonos en el año 1899.

WOOD ENTRA EN ESCENA

Era antiguo el deseo americano de ane-

xarse a Cuba. Los periodos presidenciales de Adams, Polk, Fillmore, Pierce, Buchanan, están llenos de hechos que demuestran como los Estados Unidos pretendían que la isla se les uniera. Otras veces, quisieron comprarla, como si fuese una finca, e hicieron en serio la proposición a España como sucedió durante la presidencia de Grant.

Pero, una vez lograda la independencia de Cuba, el problema se hacía más difícil aunque no por ello hizo cejar a los políticos de Washington en su deseo de anexionarse la isla.

Los primeros pasos de la intervención norteamericana en Cuba no fueron propicios a tal fin. Habían escogido mal el hombre para el puesto, pues el general Brook no se prestó a hacerles el juego, sino que intentó preparar en serio el camino para el advenimiento de la República. Ello, claro está, motivó su relevo.

Y entonces si que pudieron elegir bien. Se nombró para sustituirlo a Leonard Wood, no tuvo reparos en prometer a sus superiores que lograría que la anexión fuese pedida por los propios cubanos. Para ello necesitaba congraciarse con cuanto elemento anti-cubano hallase, para hacerles aparecer luego como representantes legítimos de la voluntad del pueblo. Como puede verse, algo muy similar a lo que han hecho actualmente los ingleses en Grecia y los propios norteamericanos en la Alemania ocupada.

COMIENZA LA INTRIGA

Wood chocó pronto con los cubanos de más prestigio y de más clara visión. Bartolomé Masó no fué remiso en declarar enfáticamente su condenación a los turbios manejos del jerarca yanquí y de igual manera se pronunciaron destacados elementos de los más representativos de la verdadera conciencia cubana.

Pero el militar americano no se amilano por estos primeros tropiezos y comenzo su labor de zapa. Contaba para ello, además, con la fuerza todopoderosa de los capitalistas de su país, los cuales cooperaban de manera decidida a la campaña anexionista. Llegados a Cuba con bolsas que parecían inextinguibles los americanos empezaron a apoderarse del agro cubano pagando precios irrisorios a los propietarios de tierras sumidos en la más espantosa miseria por la guerra, o demasiado desalentados para atreverse a iniciar nuevas explo-

taciones agrícolas. Y así se inició el monopolio americano de nuestras tierras más feraces, en posesión suya desde entonces y que constituye un verdadero cáncer en nuestra economía nacional. Propiedad en su mayoría de elementos americanos, la industria azucarera recibió la más cálida protección oficial y los propietarios españoles, ganados por la misma, no fueron parcos en brindar toda su cooperación

al gobierno americano, defendiendo así sus intereses y propiciando una anexión que les iba a permitir vengarse de los cubanos a quienes acusaban del incendio de sus cañaverales y de haberles exigido cuantiosas contribuciones para el tesoro de la Revolución.

Fué así como destacados elementos de la más rancia nobleza española que, unos años antes, rezumaban por todos sus poros el odio al yanquí hicieron causa común con éste para traicionar a los cubanos y llevarles de entre las manos una independencia conquistada a costa de innumerables sacrificios.

EL CLERO OCUPA SU PUESTO

En esta turbia maniobra no podía faltar el clero peninsular, compuesto en su mayoría de incultos patanes con sotana que odiaban a cuanto oliese a cubano y que habían demostrado bien a las claras ese odio durante la guerra, haciendo de sus iglesias, reductos y fortines, desde los cuales se disparó, en numerosas ocasiones, contra las tropas mambisas.

Los mismos que echaron al vuelo, jubilosos, sus campanas cuando la muerte de Maceo, vinieron ahora a hacer causa común con los norteamericanos. No importaba entonces la disparidad de ideología religiosa. ¿Qué más daba que fuesen protestantes los americanos, si eran enemigos de la independencia de Cuba?

Wood sabía perfectamente el poder de que gozaba la iglesia en Cuba. Como colonia de España al fin, ésta había enviado a la isla, junto con los primeros colonizadores a los frailes encargados de sojuzgar espiritualmente a la colonia y de mantenerla en un oscurantismo propiciador de todos los desmanes. Más tarde, cuando la lucha por la independencia, desde el trono de San Pedro se habían repartido bendiciones para las armas españolas y para los batallones de quintos que venían a luchar contra los ejércitos mambises.

Arrojada España de Cuba, la mayoría de la población miraba al cura con recelo y con muy poca simpatía. Pero pese a ello la iglesia constituía un aliado poderoso y el hábil gobernador militar no fué remiso en hacer todo lo posible por captarse sus simpatías. De ahí que se le viese por las calles de Santiago de Cuba, participando

de una procesión religiosa, junto con el arzobispo español que poco antes tronaba anatemas y repartía ex-comuniones desde el púlpito, en condenación de los americanos.

Esta compenetración entre el Gobernador y los jerarcas del catolicismo llegó a hacerse tan íntima que el historiador Portell Vilá puede citar un párrafo de Hagedorn, el biógrafo de Wood, en que cuenta como las religiosas de un convento pidieron a Wood que ordenase a la madre abadesa que se tomase un descanso y que Wood las complació y la abadesa le obedeció".

EL DINERO, MEDIO CONVINCENTE

Pero Wood sabía además que no sólo con sonrisas y zalemas iba a conquistarse el favor del clero. Y fué directamente al grano, empleando un medio que tenía ampliamente a su disposición y que ha demostrado siempre ser una de las debilidades de los "desinteresados" discípulos de Cristo. Y entregó a la iglesia Católica ¡7 millones de pesos!

Veamos que historia es esa. España había firmado con el Vaticano un Concordato en el año 1861, para solucionar las reclamaciones hechas por la Iglesia respecto a determinadas propiedades de la misma que se había apropiado el gobierno español y por privilegios del clero, que se habían declarado extinguidos. Sin embargo, no se pagó la reclamación y esta siguió sus trámites. Llegó Wood cuando ya España no tenía derecho alguno sobre Cuba, cuando existía la libertad de cultos y cuando los Estados Unidos no sostenían relaciones diplomáticas con la Santa Sede y ordenó el pago de la reclamación. Claro está que el gobernador militar carecía de facultades para ello, puesto que en el último término, era el gobierno de Cuba republicana a quien competía el estudio y resolución de tal cuestión.

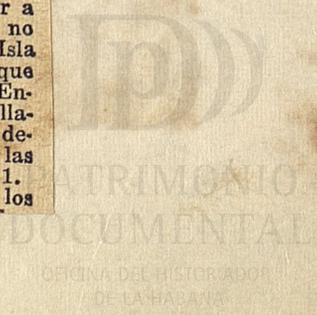
Pero Wood no se andaba por las ramas y dispuso el rápido pago de esa enorme cantidad con lo que acabó de comprarse la buena voluntad de los dignatarios de la iglesia en Cuba que no podían negar su más incondicional apoyo a quien les hacía tan espléndido regalo, máxime cuando la aspiración del Gobernador militar era tan grata al anticubano clero español.

Esta generosidad con el clero y la intimidación con los más destacados elementos de la reacción españolizante tenían que dar sus frutos y ¡vaya si los dió! Por eso es que Wood podía dirigirse al Secretario de la Guerra de su país y notificarle que había consultado con los españoles y demás extranjeros sobre la duración de la intervención y que ellos le habían expresado su deseo de que la misma continuara.

ELECCIONES COMO EN EL SUR AMERICANO

Tal parecía que las maniobras maquiavélicas de McKinley iban dando su fruto. La idea del presidente yanqui al colocar a Wood como su representante en Cuba no había sido otra que la de dar a la Isla un gobierno de tal índole que hiciese que la anexión viniese como sobre ruedas. Entre las medidas de tal gobierno se hallaban las disposiciones que regulaban el derecho al sufragio en la celebración de las elecciones para la Constitución de 1901.

En el plan de Wood votarían sólo los



que supiesen leer y escribir, los que hubiesen empuñado las armas para conquistar la independencia y aquellos que aunque fuesen analfabetos, o hubiesen sido opuestos al ideal emancipador, demostrasen hallarse en posesión de la suma de doscientos pesos. De esa manera los españolizantes, los enemigos de la república que eran los únicos que contaban con dinero y que sabían leer y escribir en un país al que el clero había procurado siempre mantener en el atraso, serían mayoría abrumadora frente a los soldados mambises y a los pocos que sin serlo pudiesen demostrar la posesión de la cantidad mencionada. La fórmula era magnífica para los designios de Wood, con ello, la anexión estaba descontada, y los anti-cubanos brindaron de antemano por el éxito: americanos y españoles, curas y militares, nobles y comerciantes se dieron la mano y alzaron las copas en celebración de un éxito que daban por asegurado.

El plan Wood era digno remedo del sistema electoral sureño. Derecho al voto por tener dinero, excluidos del sufragio los pobres, los negros-iletrados en su mayoría, la gran masa proletaria que podía decidir el destino de la república naciente. Pero los brindis fueron demasiados prematuros, los reaccionarios de sacristía y de almacén, se vieron vencidos por la repulsa popular. El plan no pudo llevarse a efecto y aunque Wood y los suyos lograron éxito en la elección de algunos delegados no pudieron hacer como habían querido de la Asamblea Constituyente un vocero anexionista y tuvieron que renunciar al sueño, esmeradamente preparado, con los dineros del propio pueblo cubano.

HOY COMO AYER

Los apologistas de Wood quieren hacer aparecer su obra de gobierno como una serie de progresos y de ventajas para Cuba. Los que así obran, son los mismos que quisieron arrancar los laureles merecidos de las sienes de Finlay, para otorgárselos a un norteamericano; son los mismos que hoy ponen lo yanqui por encima de todo, aún del interés nacional. No debemos extrañarnos por tales cosas. Es, amigos de HOY, que la historia se repite. Por eso no debemos asombrarnos de que, hoy como ayer, los yanquis intenten burlar sus propias promesas para proseguir su campaña imperi-lista. No debemos asombrarnos tampoco de que el clero una sus fuerzas a las de la más oscura reacción, ayer llamaban bandidos a los mambises, hoy califican de perniciosos a los elementos más sanos y progresistas de nuestra sociedad. Pero hoy como ayer también la historia se repite y el pueblo sabe derrotar esos manejos y esas maquinaciones. Los que bendijeron las armas que iban a matar mambises, los que se vendieron a Wood para pedir la anexión de Cuba a los Estados Unidos, los que hoy ponen a los comunistas en la picota pública y hacen política partidaria desde sus templos y sociedades no pueden sorprender nuestra buena fe. El pueblo sabe ya como obran y sabe también como se les vence.

May, die 10/46

